

CRÍTICA, GOBIERNO Y FORMAS DE VIDA. GENEALOGÍA Y RESISTENCIAS EN LAS RACIONALIDADES NEOLIBERALES CONTEMPORÁNEAS

Critique, Government, and Ways of Life: Genealogy and Resistance in Contemporary Neoliberal Rationalities

ANTONELLA OVIEDO¹ 

Universidad Nacional de Tucumán- CONICET

antooviedo@gmail.com

Recibido: 23/07/2026 - **Aceptado:** 31/08/2026

Resumen

El artículo analiza la convergencia contemporánea entre neoliberalismo y neoconservadurismo a partir de la noción foucaultea de crítica, con el propósito de interrogar las condiciones históricas que delimitan las formas de vida gobernables y vivibles. En primer lugar, se examina cómo las reconfiguraciones actuales del neoliberalismo desplazan el modelo individualizante *del homo economicus* hacia un mandato de responsabilidad familiar formulado por Gary Becker en términos de eficiencia. A partir de los aportes de Melinda Cooper, se indaga la articulación entre la lógica del capital humano, la autoresponsabilización familiar y las tecnologías morales de gobierno que, en torno a la familia, jerarquizan y legitiman determinadas formas de existencia. Este diagnóstico permite analizar cómo las racionalidades neoliberales y neoconservadoras redefinen las condiciones de inteligibilidad y gobierno de las vidas². En un segundo momento, se reconstruye la noción foucaultea de crítica desde su inscripción genealógica y su articulación con la gubernamentalidad, mostrando cómo la actitud crítica se configura como una práctica de indocilidad reflexiva frente a dinámicas de erosión de las tramas políticas signadas por una actualidad de prácticas neoconservadoras. Finalmente, se propone comprender la crítica no sólo

¹Antonella Oviedo es Licenciada en Filosofía por la Universidad Nacional de Tucumán y Diplomada Superior en Problemáticas Políticas Contemporáneas por la Universidad Nacional del Nordeste. Actualmente se encuentra finalizando la Maestría en Filosofía (Área Filosofía Social y Política) en la Universidad Nacional de Quilmes y es doctoranda en Humanidades, con orientación en Filosofía Política Contemporánea, en la Universidad Nacional de Tucumán. Es becaria doctoral del CONICET e integra el Centro de Estudios Modernos de la UNT. Ha formado parte de Investigaciones en Ciencias Sociales y Humanidades (ICSOH, CONICET-UNSa), dentro del grupo Gubernamentalidad, Biopolítica y Crítica, y participa en proyectos de investigación PIUNT "La ciudadanía ante los desafíos de la antipolítica" (UNT). Su línea de investigación se centra en la Filosofía política contemporánea, especialmente en la crítica foucaultea como analítica de las resistencias en la trama neoliberal contemporánea. Su proyecto doctoral examina la rearticulación del modelo familiar en el neoliberalismo, atendiendo al retorno de la familia y el dispositivo de la sexualidad como unidad de responsabilidad económica y moral a partir de los desarrollos de Gary Becker. Desde esta perspectiva, recupera el caso de Herculine Barbin para interrogar la producción histórica de vidas imposibles y su proyección en las formas actuales de exclusión, reconocimiento y vivibilidad. El artículo presentado se inscribe directamente en esta investigación.

²En este trabajo, la noción de gubernamentalidad no se utiliza como sinónimo de gobernabilidad ni de gobernanza. Recuperamos el sentido foucaulteo del término para referirnos a una grilla de inteligibilidad de las relaciones de poder centrada en la conducción de las conductas y en las racionalidades, prácticas y técnicas de gobierno. La gobernabilidad se entiende aquí como capacidad institucional de un sistema político, mientras que la gobernanza refiere a modalidades específicas de coordinación y regulación entre actores. Cuando aludimos a las formas contemporáneas de gobierno, lo hacemos en el sentido foucaulteo de las racionalidades y tecnologías mediante las cuales se orientan las conductas y se producen determinados campos de posibilidad.

como desujeción, ni como negación radical, sino también como intervención sobre los regímenes de verdad que organizan las formas de vida y como prácticas de insubordinación orientadas a abrir posibilidades de otras prácticas de existencias.

Palabras clave: crítica; gubernamentalidad; neoliberalismo; neoconservadurismo; formas de vida.

Abstract

This article analyzes the contemporary convergence between neoliberalism and neoconservatism through the lens of Foucault's notion of critique, with the aim of examining the historical conditions that define governable and livable forms of life. First, it examines how current reconfigurations of neoliberalism are shifting the individualizing model of homo economicus toward a mandate of family responsibility formulated by Gary Becker in terms of efficiency. Drawing on the work of Melinda Cooper, the article explores the articulation between the logic of human capital, family self-responsibility, and the moral technologies of government that, centered on the family, hierarchize and legitimize certain forms of existence. This analysis allows us to examine how neoliberal and neoconservative rationalities redefine the conditions of intelligibility and governance of lives. In a second phase, the Foucauldian notion of critique is reconstructed from its genealogical roots and its articulation with governmentality, showing how the critical attitude takes shape as a practice of reflective insubordination in the face of dynamics that erode political frameworks marked by the prevalence of neoconservative practices. Finally, the proposal is to understand criticism not only as a form of disengagement or radical negation, but also as an intervention in the regimes of truth that organize ways of life, and as practices of insubordination aimed at opening up possibilities for other ways of being.

Keywords: critique; governmentality; neoliberalism; neoconservatism; ways of life.

1. Introducción

La crítica es definida por Foucault como una actitud a la vez moral y política: una manera de pensar y de conducirse que consiste en no dejarse gobernar de determinada forma ni a cualquier precio. En el marco de la gubernamentalización –entendida como un campo de intervención sobre las conductas mediante prácticas, racionalidades y discursos que reclaman validez en nombre de la verdad–, esta actitud se configura como una interrogación dirigida al poder en cuanto productor de efectos de verdad (Foucault, 2006, pp. 8-11). Su ejercicio apunta a los juegos de verdad que sostienen el poder; poniendo en cuestión las condiciones históricas que han permitido que ciertos discursos se impongan como verdaderos y que determinadas formas de gobierno resulten aceptables. Por ello, no se sitúa en una exterioridad respecto del poder; sino que opera como una práctica inmanente que problematiza los dispositivos de saber-poder que se articulan para conducir las conductas.

En el prólogo al *Uso de los placeres* (2014b), Foucault introduce la noción de problematización. Las problematizaciones son los procesos a través de los cuales ciertos fenómenos –el sexo, la locura, el crimen o la conducta económica– devienen objetos posibles de reflexión y de intervención (pp. 16-18). Desde esta perspectiva, las “condiciones de aceptabilidad” de un sistema no remiten a una esencia previa ni a un punto de origen estable, sino a configuraciones históricas de poder-saber que emergen de tensiones y discontinuidades. Pensar un sistema desde sus condiciones de aceptabilidad implica atender a los modos en que determinadas formas de pensamiento, prácticas y normas logran instalarse como legítimas y necesarias en un campo

histórico específico. El análisis foucaulteano permite mostrar, así, que la producción de la obediencia no constituye un dato natural, sino el efecto de redes históricas de saber y poder que gobiernan las conductas y delimitan los márgenes de lo posible.

Este marco resulta particularmente fecundo para explorar las mutaciones del neoliberalismo contemporáneo. Entendida como grilla analítica, la crítica permite problematizar las formas específicas de gobierno que individualizan, estabilizan categorías excluyentes, fragmentan las luchas y clausuran lo comunitario como horizonte político.

Nos proponemos analizar la crítica foucaultiana para pensar las formas contemporáneas de gobierno y las posibilidades de resistencia en el marco de las racionalidades neoliberales actuales. Si bien la crítica en Foucault adquiere diferentes modulaciones entre *Nietzsche, la genealogía, la historia* (1971) y la conferencia *¿Qué es la crítica?* (1978), tanto la dimensión genealógica como la actitud crítica convergen en una interrogación histórica al presente. Por ello, buscamos explorar los vínculos entre la crítica, genealogía y gobierno, atendiendo al cuerpo como superficie política de inscripción de dispositivos, relaciones de fuerza, luchas y emergencias.

Finalmente, postularemos que la crítica foucaultiana constituye una grilla de inteligibilidad privilegiada para analizar las mutaciones contemporáneas del neoliberalismo en su articulación con racionalidades neoconservadoras y para pensar las formas actuales de resistencia.

2. Neoliberalismo, vidas gobernables y vidas vivibles

Las racionalidades neoliberales contemporáneas ya no pueden comprenderse exclusivamente como formas de gobierno orientadas por la lógica del mercado. En las últimas décadas se han articulado crecientemente con racionalidades neoconservadoras que reponen la familia heterosexual, la diferencia sexual y la moral como dimensiones privilegiadas de las tecnologías de gobierno. La familia heterosexual no es entendida aquí como una realidad natural o universal, sino como una configuración histórica cuyas funciones y legitimidad se encuentran atravesadas por determinadas racionalidades y prácticas de gobierno. Esta convergencia modifica las condiciones bajo las cuales se producen las subjetividades y redefine los criterios que delimitan qué vidas resultan reconocibles, gobernables y vivibles. La publicación de los cursos de Foucault en el *Collège de France* ha permitido releer las transformaciones contemporáneas del neoliberalismo desde la perspectiva de la gubernamentalidad, ofreciendo una grilla de inteligibilidad para analizar la articulación entre racionalidad de mercado y tecnologías morales de gobierno.

A diferencia del neoliberalismo emergente de fines del siglo XX, que se legitimaba mediante una promesa de expansión de oportunidades, movilidad ascendente y autogestión del propio éxito, las racionalidades actuales operan cada vez más mediante una violencia abierta, desinhibida y normalizada. Se trata de una violencia que no se ejerce únicamente desde el Estado, sino de una formación posnormativa del poder (Cooper, 2020) que se distribuye capilarmente a través de dispositivos financieros, evaluativos y tecnopolíticos que definen quién es “invertible”, “desechable” o “redundante” para la economía. Este proceso puede comprenderse a partir de la fórmula biopolítica del “hacer vivir y dejar morir” (Foucault, 2000, p. 128): ya no se trata de una soberanía que decide directamente sobre la muerte, sino de una racionalidad que gestiona diferencialmente la vida de las poblaciones, exponiendo a ciertos sujetos a condiciones de precariedad, abandono o desprotección. Esta rearticulación del neoliberalismo, de un discurso de emancipación emprendedora a uno que naturaliza la exposición al riesgo, la precariedad y la desigualdad como condiciones necesarias, despliega formas de coerción que ya no buscan producir el “sujeto libre” prometido, sino gestionar poblaciones mediante la amenaza

permanente de la pérdida, el endeudamiento familiar, la inseguridad vital y la competencia obligatoria.³

En su libro *Los valores de la familia. Entre el neoliberalismo y el neosocial-conservadurismo* (2020), Cooper sitúa la emergencia de esta alianza en la crisis de inflación estadounidense de finales de la década del sesenta y a las luchas de liberación de los años setenta. En lugar de restaurar el modelo fordista, esta alianza reactivó el principio de responsabilidad familiar privada mediante reformas asistenciales, fiscales y monetarias que desplazaron progresivamente hacia los hogares los costos de la reproducción social y la gestión de la deuda (pp. 26-27).

Además, el factor inflacionario y las políticas estatistas de compensación erosionaban la riqueza heredada, lo que impulsó posteriormente el impulso de corrientes neoliberales como la escuela de Chicago que promovieron la acumulación de activos y la privatización del riesgo, con la familia asumiendo un rol económico crucial (Cooper, 2020, pp. 128-129).

Siguiendo a la autora, el neoliberalismo de la Escuela de Chicago en la década del setenta radicalizó su crítica al Estado de bienestar al deslegitimar la asistencia social y revalorizar la riqueza heredada como motor de la acumulación. En este contexto, la privatización de la educación y el encarecimiento de la vivienda desplazaron el acceso a bienes básicos hacia el soporte familiar, produciendo una creciente dependencia del endeudamiento.⁴ Durante los siguientes años, la familia se consolida como principal fuente de bienestar en un escenario de retracción de lo público, mientras hacia la década del noventa la deuda doméstica reactualiza, bajo formas financieras, el mandato de responsabilidad familiar propio de las antiguas leyes de pobres⁵. En un principio la expansión del crédito hipotecario operó como un “paliativo” que permitió sostener el consenso social, al ofrecer a los sectores de menores ingresos una inserción precaria en la acumulación de riqueza basada en activos.

Cooper nos muestra que, mientras a fines de la década del setenta el neoliberalismo de la escuela de Chicago enfatiza la figura del *homo economicus*, al interpelar a cada individuo a asumirse como responsable de su propio destino, la lógica del capital humano, bajo este mandato del autosacrificio, se desplazó progresivamente hacia la responsabilidad familiar cuando se trata de gestionar dependencias y desigualdades estructurales –el cuidado de hijxs, personas mayores, personas con discapacidad o no asalariadas–. En esta línea, los desarrollos de Becker y Murphy profundizan este desplazamiento al concebir la familia como la unidad privilegiada

³Cabe señalar que no concebimos el neoliberalismo como un bloque homogéneo ni como una racionalidad invariable. Recuperamos la analítica foucaultiana del neoliberalismo elaborada a fines de la década de 1970 como una caja de herramientas para pensar sus desplazamientos contemporáneos. En este sentido, distinguimos entre el neoliberalismo estudiado por Foucault –centrado en el ordoliberalismo alemán y la Escuela de Chicago– y las configuraciones actuales, caracterizadas por una creciente articulación con racionalidades neoconservadoras, procesos de financiarización y nuevas tecnologías de gobierno de la vida. No sostenemos una continuidad lineal entre ambos momentos, sino que nos interesa reconstruir las mutaciones de esa racionalidad. Precisamente, nuestra hipótesis es que el neoliberalismo contemporáneo incorpora dispositivos morales y familiares que complejizan el modelo del *homo oeconomicus* reconstruido por Foucault, sin abandonar la lógica gubernamental que organiza la producción de subjetividades.

⁴Cooper reconstruye este desplazamiento a partir de los estudios de Mary Ann Glendon sobre el derecho de familia estadounidense. Según la autora, la inflación de las décadas de 1960 y 1970, junto con las reformas del derecho familiar y la expansión de la asistencia social, erosionaron el peso de la riqueza heredada como mecanismo de reproducción patrimonial. Frente a ello, los neoliberales de la Escuela de Chicago promovieron una economía orientada a la acumulación de activos y al rendimiento financiero, restituyendo a la familia un papel central en la transmisión de la riqueza y en la reproducción de las desigualdades (Cooper, 2020, pp.127-132).

⁵Las leyes de pobres (Poor Laws) remiten a la tradición inglesa de asistencia y regulación de la pobreza, cuyo antecedente central es la ley isabelina de 1601 (Elizabethan Act for the Relief of the Poor). Esta normativa organizó un sistema de asistencia administrado localmente por las parroquias y financiado mediante impuestos, pero estableció asimismo la responsabilidad de los familiares respecto del sostenimiento de los miembros empobrecidos de sus familias. Esta disposición permitía desplazar hacia la familia parte de la carga del sustento que, de otro modo, recaería sobre la asistencia pública. Cooper (2020) recupera esta tradición para analizar la persistencia de la responsabilidad familiar en el capitalismo neoliberal, donde adquiere formas financieras a través de la expansión de la deuda doméstica.

para la asignación de recursos, el cuidado y la inversión en capital humano bajo un criterio de eficiencia (Becker y Murphy, 1988). Siguiendo la reconstrucción de Cooper (2020), a diferencia de Theodore Schultz, cuya formulación inicial de la teoría del capital humano concebía la educación y la salud como inversiones productivas en las que el Estado conservaba un papel relevante, Becker desplaza progresivamente estas responsabilidades hacia la esfera privada y familiar (pp. 231-237). En las configuraciones neoliberales posteriores, particularmente bajo los procesos de financiarización analizados por Cooper, esta lógica se radicaliza: la familia deja de ser únicamente una unidad económica para convertirse en el principal soporte de los riesgos sociales y de la reproducción de la vida. En consecuencia, cada unidad familiar funciona como una tecnología de gobierno traccionada por la autoresponsabilización de sus propios éxitos o fracasos.

Este encuadre nos permite indagar la articulación entre neoliberalismo y neoconservadurismo, y el modo en que esa alianza produce una reconfiguración de la familia heterosexual como soporte afectivo del capital humano. La tesis de Cooper sobre la alianza entre neoliberalismo y neoconservadurismo, cuyo origen se remonta a la crisis de inflación de la década del setenta en Estados Unidos, y el desplazamiento de las políticas de asistencias a las leyes de responsabilidad familiar, permiten trazar coordenadas sobre el lugar de la familia monogámica productiva como dispositivo funcional a la lógica del capital humano. Frente a la crisis del salario familiar fordista y del Estado social, ambas corrientes –neoliberalismo y conservadurismo– convergen en una misma preocupación: restaurar la familia como principio organizador de la vida económica y moral (Cooper, 2020). El neoliberalismo desplaza la responsabilidad del Estado hacia la familia, convirtiéndola en el lugar de gestión de los riesgos y de la deuda; el neoconservadurismo, por su parte, la erige en el núcleo moral de obediencia y sacrificio. Desde la perspectiva de la gubernamentalidad, puede afirmarse que la familia deviene una tecnología de gobierno que produce subjetividades responsables, endeudadas y afectivamente disponibles para el capital.

Las transformaciones analizadas desplazan la pregunta por la crítica hacia un nuevo problema: las condiciones históricas bajo las cuales resulta hoy posible resistir. La trama epistémico política neoliberal redefine las alianzas colectivas y transforma las condiciones mismas de invención de las prácticas críticas: la reflexión sobre la resistencia en el cruce entre crítica, gobierno y neoliberalismo nos sitúa ante mecanismos inéditos de vulneración de las vidas, inscriptos en la paradoja de la gestión antiestatista impulsada desde el gobierno económico del Estado: ¿qué formas de la crítica –en su dimensión colectiva y práctica– es posible poner en marcha como gesto de disputa ante técnicas responsabilizantes, individualizantes y moralmente degradantes desplegadas por los neoliberalismos actuales? Bajo el imperio de la reconfiguración neoconservadora del capital en alianza con estados neoliberales, ¿qué nuevos horizontes podemos postular frente a la gestión de políticas públicas que activan mecanismos de inseguridad vital y amenaza constante de exclusión mediante estas categorizaciones rancias sobre el género, la clase y lo colectivo?

3. Crítica y gobierno: el arte de no ser gobernadx de este modo

La alianza entre neoliberalismo y neoconservadurismo no representa una contradicción sino más bien una reconfiguración contemporánea de la gubernamentalidad, en la que la economía del capital humano y la moral familiar funcionan conjuntamente como tecnologías de producción de subjetividades. Esta reconfiguración puede comprenderse con mayor precisión si recuperamos el sentido de la crítica como insubordinación y diagnóstico del presente.

A partir de 1978, el concepto de gubernamentalidad refiere no ya a un estado policial particular, sino al arte de conducir conductas, en tanto racionalidad específica que acompaña el proceso

de estatalización del gobierno. Durante este periodo Foucault dicta su conferencia “¿Qué es la crítica?”, donde anticipa el suelo conceptual de su posterior ensayo “¿Qué es la Ilustración?” (1984). Para comprender esta noción de crítica –y su relación con el gobierno– conviene remitirse justamente a este momento en que la crítica aparece vinculada a la interrogación sobre las formas de conducción de la conducta.

En cuanto a su genealogía, la gubernamentalidad hunde sus raíces en el pastorado cristiano. A través de técnicas como el examen de conciencia y la confesión, cada individuo debía ser gobernado y dejarse gobernar con miras a la salvación del alma. Este modelo pastoral constituye un punto de inflexión en la formación de las técnicas modernas de gobierno, pues introduce una modalidad de poder individualizante, permanente y minuciosa. La imagen bíblica de la conducción del rebaño resulta así fundamental para comprender cómo esta racionalidad pastoral se convierte, siglos después, en una de las matrices de las tecnologías políticas orientadas a la gestión de poblaciones y a la producción de subjetividades.

La crítica como resistencia histórica a la autoridad eclesiástica se sitúa originariamente como una actitud de contraconducta frente al gobierno pastoral de las almas, expresada en la fórmula “no queremos esta salvación”. Posteriormente, con la expansión de las tecnologías de gobierno, esta forma inicial de contraconducta se reconfigura y da lugar a la interrogación acerca de cómo no ser gobernados de ese modo, en nombre de determinados principios, objetivos y procedimientos (Foucault, 2006, pp. 6–8).

La crítica se expresa, entonces, como el límite interno del gobierno: un trabajo de desidentificación y de desujeción frente a los modos en que se intenta conducir la conducta. No es una negación absoluta, sino una forma de *no querer ser gobernado así*.⁶ La negación como práctica y *ethos* delimita una distancia reflexiva que torna visibles las pretensiones de legitimidad inscritas en los discursos de autoridad. Esta actitud crítica, por tanto, no consiste en una desobediencia meramente reactiva, sino en un ejercicio de interrogación que descompone los regímenes de verdad que autorizan determinadas formas de dirección de la conducta. La actitud crítica como ejercicio de desconfianza en relación con otros ante determinadas configuraciones de gobierno de la vida, abre su horizonte hacia la política, entendida como potencia y campo de intervención directo de la crítica.

En este marco, destacamos que la crítica recupera la pregunta moderna por la obediencia, aunque la desplaza de su registro contractual. Como advierte Ruidrejo (2006), el análisis foucaulteano muestra que la producción de la obediencia no es fruto de un pacto racional entre sujetos libres, sino el efecto de una trama histórica de prácticas y dispositivos enraizados en relaciones de poder. Pero, del mismo modo, revela el carácter reversible de estas relaciones: las prácticas de insubordinación no son ontológicamente exteriores sino dimensiones coextensivas de los mismos dispositivos. La crítica, en consecuencia, no sólo interroga los modos de gobierno, sino que abre el espacio para la aparición de contraconductas, líneas de fuga y prácticas de subjetivación que interrumpen su funcionamiento.

Este desplazamiento permite comprender la resistencia como configuración de la crítica, no como exterioridad al poder, sino como el reverso de las artes de gobierno: el gesto que, al cuestionar cómo se nos pide obedecer, vuelve posible imaginar modos distintos de constituirnos y de conducirnos. En concreto, la interrogación crítica objeta las categorías sobre las cuales se subjetivan las conductas desplazadas, ahora entendidas como contraconductas que se afirman en los modos en que no queremos ser gobernados en un campo histórico en pugna. Ciertamente,

⁶Cursivas de la autora

bajo la distancia reflexiva de la crítica –esa que además interroga, desarticula y desenmascara– donde tales contramovimientos se hacen visibles. Ruidrejo (2006) señala que la perspectiva nietzscheana permite interrogar tanto la producción de la obediencia bajo la aparente libertad jurídica moderna como el desciframiento de las resistencias. Las resistencias, aunque inmanentes a las relaciones de poder, no deben reducirse a un momento necesario de su funcionamiento.

En términos de Judith Butler, ser gobernadx no implica únicamente la imposición de una forma determinada sobre la existencia, sino delimitación de los términos en los cuales esta será –o no– posible (Butler, 2001, pp. 7–8). A partir de esta problemática, Butler recupera la cuestión foucaultea del gobierno para mostrar cómo las tecnologías de poder penetran en las prácticas de lxs sujetos, configurando modos de conocer, de actuar y de ser. La subjetividad emerge, por lo tanto, como efecto de un régimen de verdad que delimita las condiciones de posibilidad de la acción y de la propia existencia. Interrogar los modos en que somos gobernadx, en tanto actitud y decisión, implica un movimiento reflexivo e interrogatorio respecto al corsé epistemológico que estabiliza los criterios de normatividad y constituye, al mismo tiempo, una forma de desujeción: la de un sujeto que se atribuye un derecho, el de interrogar a la formación política de la verdad (Butler, 2001). Si el gobierno marca la dirección de la sujeción, la crítica es el movimiento por el cual ese sujeto puede interrogar a la verdad sobre sus efectos de poder (Foucault, 2006). La crítica emerge como desujeción reflexiva frente a un ordenamiento opresivo que llegamos a aceptar como verdadero e, incluso, deseable.

En el momento en que se objeta, cuestiona e interroga este orden político-discursivo, se abren las condiciones de posibilidad para la invención de otras formas de vida. Esto permite comprender a la crítica como actitud que opera sobre un campo de problematizaciones, en donde el saber y el poder configuran un bloque, no como esencias o sustancias, sino como efectos de relaciones de fuerzas de un dominio reversible.

A su vez, lo antedicho muestra a la crítica como grilla analítica de oposición a la tutela de pautas externas sobre las conductas, cuestionando la aceptación sin más de una autoridad que las guía. Esto constituye, ciertamente, un modo de vida, una actitud entre nosotrxs mismxs y lxs otrxs. Foucault describe a la crítica como “un proyecto que no cesa de formarse, de prolongarse en los confines de la filosofía, a sus expensas, en dirección de una filosofía porvenir” (Foucault, 2006, p. 4). Allí también afirma que se trata de una cierta manera de pensar, de decir y también de actuar, una “cierta relación con lo que existe, con lo que sabemos, con lo que hacemos, una relación con la sociedad, con la cultura, también una relación con los otros” (Foucault, 2006, p.4). La objeción a entramados de poder es producto de la reflexión e interrogación sobre las formas en que nuestras conductas, hábitos y deseos son traccionados en campos y prácticas de gobierno que operan en la sujeción de nuestras vidas.

Ahora bien, a la luz de lo desarrollado, la reflexión no remite a una racionalidad sustantiva ni a un fundamento normativo exterior al poder, sino que opera en la práctica, en el interior mismo de luchas históricamente situadas que disputan el orden impuesto. Si el gobierno atraviesa las conductas y las condiciones mismas bajo las cuales existimos, la crítica no puede comprenderse únicamente como una mera contraconducta puntual sino como una práctica más amplia de problematización que cuestiona el orden impuesto. En esta dirección genealógica las prácticas críticas se realizan en el marco de procesos históricos de racionalización que producen normas y formas de vida. Por lo tanto, la resistencia no tiene una fuente fundacional en el sujeto sino en las tensiones, fallas y desplazamientos de los regímenes de verdad que lo constituyen.

Siguiendo los aportes de Paulizzi (2023), la crítica puede pensarse como una actitud que interviene en la porosidad misma del poder, no para oponérsele desde una exterioridad, sino

para trazar un límite a los excesos del gobierno. De allí que su ejercicio formule una pregunta eminentemente política: ¿cuáles son los límites del derecho a gobernar? Foucault la define como una virtud política que, lejos de cualquier clave moralizante, opera como práctica de interrupción y desestabilización de aquellas formas de gobierno que buscan presentarse como necesarias, naturales o incuestionables.

La desujeción del poder, como se ha señalado, no remite a la estabilización de una práctica ni a la existencia de un sujeto fundante del que emanaría una voluntad originaria capaz de “decidir decir no”. Lejos de toda concepción voluntarista o reflexiva del sujeto, la desujeción nombra, más bien, la dimensión dinámica y relacional del poder mismo. En la medida en que no hay una voluntad soberana alojada en el interior del sujeto –como aspiración originaria o fundamento trascendental–, la resistencia no puede pensarse como un acto originario ni como una decisión práctica exterior al poder (Foucault, 2014a, pp. 88-93).⁷ De esta forma, la desujeción opera en los límites de las prácticas de gobierno, como una actitud que se ejerce en situación: no dejarse gobernar de este modo, a este precio, por estos procedimientos y en nombre de estas verdades (Foucault, 2006, pp. 7-8). No se trata, entonces, de una negación abstracta del gobierno, sino de una práctica situada que introduce fisuras en los modos concretos de conducción de las conductas.

4. Genealogía y ontología histórica del presente

Desde este cruce de lecturas, puede comprenderse que la transformación no tiene su origen en un principio subjetivo previo, sino en una actitud, en un cierto *ethos* crítico que se configura como modo de vida. Un *ethos* que implica un trabajo constante de problematización, de interrogación y de puesta en crisis de los presupuestos que definen qué vidas son consideradas dignas de reconocimiento y protección.

De acuerdo con Foucault en su conferencia de 1978, la crítica se constituye como la voluntad decisoria de no aceptar como verdad lo que una autoridad afirma como verdadero. La crítica foucaultiana marca un desplazamiento decisivo respecto de la tradición kantiana. Mientras que para Kant la crítica delimita las condiciones de posibilidad del conocimiento válido, en Foucault adopta la forma de una ontología del presente: una actitud históricamente situada que interroga los modos en que somos gobernados y las formas específicas en que se articulan saber, poder y subjetivación (Kant, 2010; Foucault, 2006b). La pregunta kantiana por los límites del conocimiento se reformula en Foucault como una interrogación dirigida al propio campo de categorización desde el cual se ordena la vida. En esta clave, la crítica emerge allí donde se produce una fisura en nuestros marcos epistemológicos y los discursos vigentes dejan de resultar suficientes para organizar la experiencia (Butler, 2001).

De este modo, el movimiento interrogatorio crítico se dirige hacia el nexo entre los órdenes de verdad, que constituyen determinados objetos y modos de subjetividad –la sexualidad, la criminalidad o la locura–, y los mecanismos de poder mediante los cuales esos saberes participan en el gobierno y la sujeción de las conductas.

Nos interesa analizar el vínculo entre crítica y presente para interrogar las condiciones de vivibilidad de otras formas de subjetivación en el gobierno económico de los Estados y sus configuraciones neoliberales. Sin embargo, consideramos que esta concepción de la crítica sólo cobra pleno espesor cuando se pone en relación con su expresión genealógica, desarrollada en

⁷Aunque el eje de este trabajo se centra en ¿Qué es la crítica?, esta interpretación de la desujeción se encuentra también en diálogo con El sujeto y el poder y con Historia de la sexualidad I. En este último texto, Foucault afirma la revesibilidad de las relaciones de poder, donde hay poder hay resistencia y, no obstante (o mejor, por lo mismo), ésta nunca está en posición de exterioridad respecto del poder” (Foucault, 2014a, pp. 90-91), lo que permite comprender la crítica no como un acto originario de una voluntad soberana, sino como una práctica inmanente a las relaciones de poder.

Nietzsche, la genealogía, la historia. La genealogía permite recuperar la contingencia histórica del presente y la memoria de las luchas que lo atraviesan, abriendo así la posibilidad de pensar formas de insubordinación capaces de disputar las modalidades de gobierno de la vida introducidas por la racionalidad neoliberal. Este desplazamiento nos permitirá abordar, finalmente, la crítica como una ontología histórica del presente.

La genealogía no se limita a describir los dispositivos que logran estabilizar un campo de experiencia: también permite identificar aquellos puntos de fricción, desajustes y líneas de fuerza que impiden o desestabilizan prácticas de poder. Allí se juega la articulación entre crítica y resistencia. La crítica muestra la contingencia del orden que pretende presentarse como necesario y *a priori*. En ese mismo gesto se abren espacios para prácticas que objetan los regímenes de verdad y los criterios mediante los cuales el gobierno delimita las existencias posibles y vivibles. De acuerdo con esto, las correspondientes codificaciones de cuerpos, conductas y modos de vida. Desde esta perspectiva, la genealogía permite reinscribir esas vidas degradadas o descalificadas en los márgenes del discurso –aquello que Foucault denominó “vidas infames”– como puntos de interrupción de la normatividad dominante (Foucault, 1990).

Como señala Ruidrejo, “la crítica es ya un diagnóstico del presente al que le ha sido vedada toda filosofía fundamental” (Ruidrejo, 2006). Siguiendo la impronta nietzscheana, la crítica foucaultiana opera inmanentemente dentro del campo histórico que analiza: no ofrece criterios universales, sino que interroga los límites que nos constituyen y que, al mismo tiempo, pueden ser transformados. Así entendida, la genealogía crítica no sólo señala el juego político de verdad en los dispositivos de poder-saber, sino que ilumina las posibilidades de otras formas de vida que emergen allí donde la estabilización del poder encuentra resistencia.

La genealogía se desarrolla sobre la trama histórica, actuando en su función “excavadora” de la historia al revelar las discontinuidades y los saberes marginados por discursos estabilizantes, al tiempo que se constituye como un análisis crítico del presente (Foucault, 1992, pp. 28-29).

Foucault retoma la herencia nietzscheana al desplazar la búsqueda del *Ursprung* –el origen entendido como esencia y fundamento– hacia el análisis de la *Herkunft* (procedencia) y la *Entstehung* (emergencia) de los fenómenos (Foucault, 1992, p. 8). En lugar de develar una verdad oculta tras las máscaras del ser, la genealogía examina los accidentes, discontinuidades y enfrentamientos a partir de los cuales se configuran discursos que luego se presentan como necesarios. Los saberes de la ciencia, la filosofía o la historia no expresan una identidad esencial, sino que constituyen invenciones contingentes estabilizadas mediante prácticas de poder y procedimientos de veridicción. La genealogía muestra que aquello que aparece como origen no es más que el efecto de procesos históricos atravesados por luchas, desviaciones y relaciones de fuerza, dotando a la crítica de su potencia desnaturalizadora.

De este modo, la historia deja de orientarse hacia la reconstrucción de una identidad originaria para introducir discontinuidades allí donde la tradición había supuesto continuidad. Como afirma Foucault, “la historia no está hecha para comprender sino para hacer tajos” (Foucault, 1992, p. 21). La genealogía se despliega, de este modo, como una lectura minuciosa del “gris de los documentos”, atenta a las rupturas, desplazamientos y emergencias antes que a una teleología unitaria (Foucault, 1992, p. 7). Por ello, lejos de constituir un empirismo o una nueva cientificidad, activa saberes locales y discontinuos contra los efectos de poder del saber centralizador; razón por la cual Foucault la define como una “anti-ciencia”.

Esta dimensión resulta decisiva para comprender las modulaciones que adquiere la crítica foucaultiana; por un lado, como exposición histórico política de la configuración de los regímenes de verdad; por otro, como actitud de desobediencia frente a las formas de

subjetivación que se articulan con las tecnologías de gobierno propias de la racionalidad de mercado. El trabajo genealógico libera esos saberes marginales mostrando cómo los discursos verdaderos producen dominación y, a la vez, cómo pueden ser invertidos por fuerzas heterogéneas que disputan su estabilización. La noción de emergencia designa precisamente ese campo de enfrentamiento donde las fuerzas se arriesgan y se reconfiguran, produciendo nuevas interpretaciones. De este modo se constituye una *contramemoria*: una historia de las luchas y de las interpretaciones en tensión, que desmonta la herencia metafísica de raíz platónica y habilita modos alternativos de interpretar el presente (Foucault, 1992, pp. 26-27).

5. Crítica y resistencias: combate por las formas de vida alternativas a la trama neoliberal.

La recuperación foucaultea de la *inservidumbre voluntaria* enraíza en el “querer hacer”, en un movimiento de “indocilidad reflexiva” (Foucault, 2006, p.11) que no remite a un gesto de rebeldía espontánea ni a una voluntad soberana del sujeto, sino a una práctica sostenida de problematización de los modos en que somos gobernados y nos gobernamos a nosotros mismos.

En tanto actitud abre el horizonte de interrogación propio del quehacer filosófico en el dominio de los discursos, prácticas y regímenes de verdad que orientan o traccionan la conducción de nuestra conducta, al poner en evidencia espacios en pugna, líneas de emergencia y la rebelde negación a la obediencia. Al hacerlo, la crítica agrieta los fundamentos teológicos, jurídicos y económicos del poder, lo que potencia los espacios de resistencia, y en un resonar nietzscheano, se ejerce sobre el presente sin más (Foucault, 1992). La crítica opera, de este modo, como una grilla de inteligibilidad del campo político, en tanto permite identificar los modos específicos en que se articulan las tecnologías de gobierno con determinados regímenes de verdad y formas de subjetivación.

El diagnóstico del presente permite conocer formas de resistencias al tipo de gubernamentalidad que administra la vida, en su variante neoliberal y autoritaria. El límite sobre las prácticas de gobierno es también una reflexión sobre nuestro presente, sobre cómo estamos siendo gobernados y por qué obedecemos.

Valiéndonos de este marco metodológico como grilla analítica, los cruces entre crítica y gobierno permiten abordar la ontología del presente en su doble dimensión: como interrogación de las condiciones históricas que hacen posibles determinadas formas de conducción de las conductas y como apertura hacia prácticas de resistencia y desujeción. Desde esta perspectiva, resulta posible problematizar algunas consideraciones en torno al significado de las resistencias en contextos muy lejanos al año 1978, en el que Foucault formuló sus conferencias y sus cursos sobre gubernamentalidad, poniendo atención al análisis de las formas que adquieren los gobiernos económicos de los Estados configurados mediante dispositivos que incorporan formas crecientes de coerción.

Hemos destacado que el ejercicio interrogativo crítico muestra la contingencia histórica de las formas en que nos constituimos como sujetos. En esa operación se habilita la posibilidad de desarticular o reconfigurar las racionalidades de gobierno que en el presente orientan la conducción de las conductas. A través de un acto reflexivo y problematizador, la crítica abre la posibilidad de ensayar formas de vidas alternativas frente a la estabilización de una racionalidad neoliberal-conservadora que define diferencialmente qué vidas son gobernables, tolerables, mercantilizables. Frente a ello, los interrogantes abiertos remiten a la posibilidad de inventar formas de subjetivación solidarias, articuladas y organizadas capaces de disputar, desde el campo político, los criterios que definen los umbrales de lo legítimo, posible y viable.

La actitud crítica en el contexto neoliberal actual no implica una negación sin más, sino una problematización permanente de las formas bajo las cuales debemos obedecer, de los criterios de verdad que legitiman esa obediencia y de las formas de subjetivación que la sostienen. Sobre lo analizado, sostenemos que la literatura foucaultiana sobre la crítica nos brinda un suelo de inteligibilidad para pensar las luchas frente a las mutaciones del capital y la sociedad financiarizada en la estabilización de prácticas de gobernanza orientadas a la gestión del gasto familiar privado, la deuda privada y las expectativas de crédito y riesgo. Asumimos que se trata también de un acto de coraje, complejo y no exento de riesgos, en la medida en que la actitud crítica implica el ejercicio tenso y agónico de decir “no” a ciertas formas de poder gubernamental (Butler, 2001, p. 11). Como no existe un *arché* u origen del poder, tampoco es posible localizar una fuente originaria de la resistencia. Esta emerge en los límites, las fricciones y los puntos de ininteligibilidad de los regímenes de verdad que pretenden totalizar la experiencia (Butler, 2001; Paulizzi, 2023, p. 143).

En este punto, como señala Cooper, la centralidad contemporánea de la familia es un dispositivo clave de la gubernamentalidad neoliberal, en el que se articulan moralidad, endeudamiento y responsabilidad familiar. Por esto las prácticas de resistencias son pensadas como intervenciones situadas en aquellos campos de disputa en donde las racionalidades de gobierno neoliberales y neoconservadoras intensifican el gobierno sobre la vida⁸. Entre ellos, las configuraciones de la familia, la sexualidad y el género ocupan un lugar privilegiado en las políticas vinculadas al cálculo y el ahorro estatal. La avanzada conservadora no opera únicamente mediante políticas económicas, sino también a través de la reactivación de normas morales que buscan restituir modelos familiares heteronormativos, jerárquicos y reproductivos como única forma legítima de vida socialmente reconocida.

Desde estas tramas de gobierno, la crítica no se dirige únicamente a denunciar la coerción, sino a interrogar los marcos normativos que delimitan quiénes pueden aparecer como sujetos legítimos. Es en este punto donde el diálogo con Judith Butler resulta especialmente productivo: sus preguntas, “¿qué cuenta como persona?, ¿qué cuenta como género coherente?, ¿qué califica como ciudadano? Y ¿el mundo de quién está legitimado como real? ¿qué puedo llegar a ser en un mundo donde los significados han sido establecidos de antemano y también las condiciones bajo las que existo?” (Butler, 2001, p.8), permiten radicalizar la interrogación foucaultiana al

⁸A lo largo de los años, el norte argentino, y particularmente la provincia de Tucumán, ha mostrado una persistente resistencia cultural y un activismo en torno a la diversidad sexual. Desde proyectos performáticos como Tenor Graso en la década de los noventa, en pleno ciclo neoliberal menemista, uno de cuyos miembros más reconocidos en la comunidad, Rodó Bulacio, murió a causa de un crimen de odio; la creación de La Sodería Casa Teatro por Tere Guardia, lesbiana que formó parte de la guerrilla durante la última dictadura cívico militar; hasta experiencias más cercanas, como la trayectoria de la militante Norma Salica, organizadora de fútbol barrial, poeta y activista autodenominada chonga de derechos humanos (véase 7M visible: Norma Salica, 69 años de orgullo lésbico, Meta Crisis, 2025); proyectos artísticos como Postalario Secreto, compuesto por ilustraciones y biografías de personalidades LGBTQ+ de Tucumán, realizado por la cooperativa La Cascotiada y la ilustradora Griselda Arué Ocampo; el podcast Antro de lesbianas; espacios culturales de pertenencia como Divas, boliche con shows de drags y travestis, Pangea, bar cultural autogestivo, y la Biblioteca de Diversidad Sexual Ayelén; así como organizaciones activistas y políticas como la Comisión Organizadora de la Marcha del Orgullo, Las Cruzadas y Tucumán Peroncha. Todo ello conforma una trama de espacios y redes comunitarias que colaboran en la resistencia frente a las violencias de la discriminación, el odio y la matriz heterocisexualizante. Son también espacios particularmente afectados por la retracción del Estado y por la disminución o eliminación de subsidios destinados a proyectos culturales. Aun cuando algunas de estas experiencias deben interrumpir sus actividades o cerrar sus espacios físicos, como ocurrió recientemente con Pangea, las redes de sociabilidad, organización y pertenencia que contribuyen a producir pueden persistir y reconfigurarse. En este sentido, estas experiencias permiten reconocer la importancia de las tramas comunitarias en la producción de espacios de resistencia frente a las violencias de la discriminación y la precarización. En diálogo con estas experiencias, el trabajo de Virginia Cano en torno a las poéticas eróticas y afectivas permite pensar estas prácticas no solamente como formas de resistencia frente a una norma, sino también como producción de otros modos de habitar los cuerpos, los deseos y los vínculos. En Ética tortillera, Cano propone pensar el lesbianismo como un *éthos*, como un modo de ser y habitar el mundo (Cano, 2015).

mostrar no solo cómo las formas de gobierno en los regímenes de verdad tutelan las conductas sino también cómo distribuyen diferencialmente las condiciones mismas de la existencia.

El desafío de la tarea crítica en el presente no solo apunta a disputar políticas sino a cuestionar los umbrales que definen qué vidas son vivibles y cuáles no, expuestas a la precarización y a la marginación. Hemos entendido que esta tarea implica la emergencia de saberes y prácticas marginadas en los intersticios que tornan poroso al poder frente a las resistencias. Resistencias, en tanto que resubjetivan y hacen emerger prácticas de vidas posibles, colectivas, comunes. La compleja tarea es la transformación subjetiva de la vida, entendida y vivida como opresiva.

Frente a estas operaciones, el ejercicio crítico permite reabrir las luchas por la emergencia de otras formas de parentesco, por la visibilidad de sexualidades no normativas y por el reconocimiento de modos de vida que desbordan los criterios neoliberales de utilidad, productividad, eficiencia y normalización. La crítica no instituye ni disputa nuevos modelos identitarios, sino que problematiza los regímenes de verdad que definen qué vidas cuentan como familiares, sexuales o ciudadanas, y cuáles quedan expuestas a la precarización, el silenciamiento o la exclusión.

Como ha mostrado Butler, dentro de los regímenes de verdad que organizan lo social, no toda vida es igualmente inteligible, ni igualmente vivible. Las políticas neoliberales, en su alianza con racionalidades neoconservadoras, tienden a restringir esos marcos, reforzando criterios normativos que delimitan qué formas de familia, de sexualidad y de parentesco merecen protección y cuáles quedan expuestas al abandono, la precariedad o a la lógica del *dejar morir*.⁹

La tarea de la crítica es interrogar, por lo tanto, “¿qué sucede cuando empiezo a ser eso para lo que no hay lugar en un régimen de verdad?” (Butler, 2001, p. 8). Paulizzi (2023) sostiene que “la actitud crítica en relación con la reinención creativa de nuestras libertades, en clave de coraje y decisión (voluntad), implica la revuelta del orden establecido, es decir, de sus reglas, procedimientos y verdades, puesto que no se trata de “aceptar la vida ante la muerte y ser esclavos”, sino de “voluntaria y reflexivamente sublevarnos” (p. 147). De modo que la transformación de las vidas como prácticas de resistencias expone los modos en que estamos siendo gobernados, las formas violentas o expropiadoras de la subjetivación, los patrones culturales de degradación en el registro del cuerpo diverso. Desde luego la crítica no se limita a negar la obediencia ni a impugnar el orden existente: ese mismo movimiento de desujeción comporta una dimensión afirmativa e inventiva, en la medida en que hace posible ensayar otras formas de relación consigo, con los otros y con el mundo. La actitud crítica interroga y objeta las categorías que ordenan las formas de existencia y se inscriben sobre las conductas y los cuerpos, pero también participa en la creación de formas de vida para las que los regímenes vigentes de verdad todavía no ofrecen un lugar. El gesto interrogativo constituye ya una práctica de desujeción y de invención.

Desde esta perspectiva, comprendemos que la reivindicación de derechos constituye un terreno estratégico en el que se disputan las definiciones legítimas de las formas de vida y se reconfiguran los límites de lo vivible. No se trata únicamente de incorporar nuevas existencias dentro de un orden previamente establecido, sino también de transformar los criterios mediante los cuales ciertas vidas resultan reconocibles, gobernables y dignas de ser vividas. Ciertamente la crítica, entendida como *un ethos*, problematiza los límites del presente allí donde se sedimentan relaciones de dominación y condiciones normativas o conservadoras de subjetivación. Esto permite, a su vez, abrir grietas en la racionalidad del gobierno neoliberal como dispositivo de producción de vidas y jerarquizador de existencias. Su potencia no reside solamente en

⁹Cursivas de la autora.

revelar la contingencia de estas configuraciones, sino también en habilitar prácticas capaces de modificarlas y de producir otras posibilidades de subjetivación.

Monge (2021) propone pensar la cultura como un *ethos* polémico. Desde la recuperación de la dimensión afirmativa de la genealogía, plantea el *combate de las formas*, entendido como una disputa por los modos de vida, las resubjetivaciones, las formas de percepción y de experiencia. La crítica, en este marco, no sólo problematiza los regímenes de verdad, sino que interviene en la construcción de otras formas de vida, donde “la tarea crítica y la orientación transformadora-creadora se articulan inescindiblemente en la medida en que lo dado es siempre asumido y enfocado históricamente y en el modo, manera o forma en que está dado, lo cual supone a la vez la percepción de su ínsita contingencia y posible mutabilidad” (Monge, 2021, p. 33).

Por ello, la crítica no sólo desnaturaliza los regímenes de verdad que organizan las formas de gobierno, sino que disputa activamente las formas históricas de vida que delimitan los umbrales de inteligibilidad, reconocimiento y vivibilidad. Siguiendo a Monge, la crítica puede comprenderse como una intervención sobre los marcos culturales, políticos y éticos que hacen posibles determinadas formas de existencia y excluyen otras. Allí la resistencia no consiste únicamente en oponerse a un orden, sino en abrir las condiciones de posibilidad para otros modos de existencia.

Por último, las racionalidades de gobierno encuentran en el Estado uno de sus espacios privilegiados de inscripción. Las políticas públicas son un terreno donde se disputan los regímenes de verdad. Entendido no como centro del poder, sino como punto de condensación de combates, relaciones de fuerza y tecnologías de gobierno, el Estado constituye un territorio de lucha. En las políticas públicas se definen diferencialmente las condiciones de reconocimiento y se confrontan con lógicas en las que se reinscribe la centralidad de la familia, como unidad privilegiada del capital humano y las gramáticas por la visibilidad de otras sexualidades y otras formas de familias, desde la memoria de otras luchas alternativas frente a las formas de gobierno neoliberales y conservadora.

Si la racionalidad neoliberal articula la exaltación de la libertad individual con una economía afectiva conservadora, las formas de vida que desbordan sus modelos familiares, sexuales y económicos pueden constituirse en prácticas críticas. La disputa por sexualidades menos subordinadas a la mercantilización, por vínculos no organizados exclusivamente según la responsabilidad familiar y por políticas capaces de reconocer la pluralidad de las existencias desplaza la crítica hacia el campo político. La resistencia adquiere así una dimensión afirmativa: no se limita a rechazar las formas establecidas de gobierno, sino que interviene en la producción de condiciones institucionales, materiales y simbólicas para vidas más vivibles.

6. Consideraciones finales

A lo largo de este trabajo hemos explorado la noción foucaultiana de crítica, a partir de su inscripción genealógica y su articulación con el problema del gobierno, con el fin de pensar sus desplazamientos, modalidades y potencias en contextos neoliberales. El análisis desarrollado permite sostener que la articulación contemporánea entre racionalidades neoliberales y neoconservadoras no se limita a reorganizar las modalidades de gobierno de las conductas, sino que interviene en la delimitación de las condiciones bajo las cuales determinadas vidas pueden ser reconocidas, gobernadas y vividas como legítimas. Frente a estas formas de gobierno, la crítica foucaultiana, entendida como una actitud de indocilidad que articula desujeción, problematización e invención, constituye una práctica capaz de interrogar los regímenes de verdad que sostienen esos ordenamientos y de abrir posibilidades para otras formas de existencia

y modos de subjetivación. Desde esta perspectiva, la genealogía se presenta como el suelo metodológico de la práctica crítica, no únicamente como un método de reconstrucción histórica, sino como una práctica que pone en juego una ontología histórica de nosotrxs mismxs. Al desactivar la búsqueda de orígenes y esencias y privilegiar las nociones de procedencia y emergencia, permite mostrar las contingencias, luchas, discontinuidades y relaciones de fuerza que atraviesan las prácticas, los saberes y los dispositivos que organizan nuestra experiencia, así como aquello que somos y lo que podemos llegar a ser. En este sentido, la crítica es un modo de problematización del presente, porque habilita la emergencia de una contramemoria: una historia de las luchas, de los saberes marginados y las interpretaciones en disputa, no hechas para comprender, sino para hacer tajos y visibilizar las grietas. La tarea crítica permite producir un diagnóstico del presente, intervenir sobre él, imputar a las categorías que fijan lo gobernable, lo vivible, lo invivable.

La introducción del problema de la gubernamentalidad permitió, a su vez, situar la crítica en el interior de las artes de gobierno. Tal como Foucault lo formula en su conferencia, la actitud crítica no invoca una ingobernabilidad absoluta, sino que se opone a determinadas formas de gobierno: no ser gobernadx de este modo, en nombre de estas verdades. Se configura, así, como límite, como negación y como modo de vida: opera en los intersticios y fricciones de los dispositivos que producen obediencia.

El análisis de la convergencia entre neoliberalismo y neoconservadurismo permitió mostrar que las modalidades contemporáneas de gobierno ya no se organizan exclusivamente en torno a la racionalidad económica, sino también mediante tecnologías morales que reponen la centralidad de la familia, el género y los criterios de reconocimiento de las vidas. En este escenario, la crítica no sólo desnaturaliza estas racionalidades, sino que interviene sobre las condiciones históricas que delimitan qué vidas resultan inteligibles, reconocibles y vivibles.

Las configuraciones contemporáneas de las luchas expresan un combate de las formas, en el que se disputan los marcos culturales, políticos y éticos que organizan las modalidades de gobierno y las posibilidades de existencia. Hacer visibles esas fisuras, interrogar el presente y abrir el espacio para otras formas de vida constituye una de las tareas fundamentales de la práctica crítica.

Resulta ineludible, entonces, entrelazar la pregunta por la crítica como configuración de horizontes en disputa a otras formas de vida posibles. Por esto, pensar la crítica como actitud exige asumirla como una práctica política y ética que no se agota en el análisis, sino que se proyecta en una problematización política del presente. Asumir la crítica como práctica implica disputar los criterios neoliberales que reducen la vida a la pura gestión del “dejar morir”.

La crítica, como ejercicio problematizador sobre el suelo presente, no promete una emancipación definitiva, sino que se proyecta sobre el campo de lo nombrable, lo decible y lo vivible; de lo político, lo deseable y lo habitable, a partir de la interrogación de cómo, por quiénes y a qué precio somos gobernadx.

Referencias bibliográficas

- Becker, Gary S. y Murphy, Kevin M. (1988). The family and the state. The Journal of Law and Economics, 31(1), 1-18. <https://doi.org/10.1086/467147>
- Butler, Judith. (2001). ¿Qué es la crítica? Un ensayo sobre la virtud de Foucault. Transversal. <https://transversal.at/transversal/0806/butler/es>
- Cano, Virginia. (2015). Ética tortillera: Ensayos en torno al êthos y la lengua de las amantes. Madreselva.

- Cooper, Melinda. (2020). Los valores de la familia. Entre el neoliberalismo y el nuevo social conservadurismo. Traficantes de Sueños.
- Foucault, Michel. (1971). Nietzsche, la généalogie, l'histoire. En *Hommage à Jean Hyppolite* (pp. 145-172). Presses Universitaires de France.
- Foucault, Michel. (1990). La vida de los hombres infames: Ensayos sobre desviación y dominación. Ediciones La Piqueta.
- Foucault, Michel. (1992). Microfísica del poder. Ediciones de La Piqueta.
- Foucault, Michel. (2000). Defender la sociedad: Curso en el Collège de France (1975-1976). Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, Michel. (2006a). Seguridad, territorio, población. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, Michel. (2006b). Sobre la Ilustración. Editorial Tecnos.
- Foucault, Michel. (2014a). Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber. Siglo XXI Editores.
- Foucault, Michel. (2014b). Historia de la sexualidad II. El uso de los placeres. Siglo XXI Editores.
- Fraser, Nancy y Honneth, Axel. (2006). ¿Redistribución o reconocimiento? Un debate político-filosófico (P. Manzano, Trad.). Ediciones Morata.
- Kant, Immanuel. (2010). Respuesta a la pregunta: ¿Qué es la Ilustración? Prometeo Libros.
- Monge, Julia. (2021). La cultura y el “combate de las formas”. Claves para pensar la dimensión afirmativa de la ética foucaultiana. *Griot: Revista de Filosofía*, 21(2), 27-45. <https://www.redalyc.org/journal/5766/576666994003/html/>
- Paulizzi, Cora. (2023). “Crítica y Resistencias: una aproximación, entre gobierno y libertad”. *Revista: Crítica y Resistencias. Revista de conflictos sociales latinoamericanos* - ISSN: 2525-0841. Organismo editor: Fundación El llano - Centro de Estudios Políticos y Sociales de América Latina (CEPSAL).
- Ruidrejo, Alejandro. (2006). Foucault, Modernidad y Libertad (Los avatares de la crítica). [Tesis de Maestría]. Universidad Nacional de Salta, Argentina. “No publicada”.